

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Influencia de la Mujer en la civilizacion europea, por don A. Pirala.—El Padre y sus tres Hijas, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—A una Violeta (poesia), por doña Matilde de Orbezo.—La Avaricia, por don G. Nuñez de Arce.—Variedades: Casualidades célebres, por don Emilio de Tamarit.—Labores, por doña Joaquina Garcia Balmaseda.—GRABADO: Dibujo de Labores.

INSTRUCCION.

Influencia de la mujer en la civilizacion europea.



O vamos á entrar en consideraciones abstractas acerca de la influencia en general de la mujer en la obra de la civilizacion, ni á contraerla, limitándonos al epígrafe de este artículo, á la de Europa, mas adelantada que la de las demas porciones de la tierra: creemos haber dedicado á este objeto suficientes reflexiones, y nadie desconoce el poderoso influjo de la bella mitad del género humano en la mejora evidente de la humanidad. En vez de razones vamos á presentar hechos, y en lugar de recurrir al buen sentido, vamos á mostrar la historia, testimonio irrecusable, y que ofrecemos hoy para que nadie desconozca uno de los mayores servicios que ha prestado la mujer á la sociedad, y de que tan legítimamente puede ufanarse.

Al comenzar el siglo undécimo de nuestra era la situacion de todos los países era insoportable. El feudalismo, caminando de abuso en abuso y de esceso en esceso, tenia sumidos á los pueblos en todo género de males por su opresion y violencia. En Francia, especialmente, era degradante su tiranía, y los desórdenes de los señores habian llegado á su colmo, por efecto de su insolente predominio. Sin reconocer cada uno en su feudo otra ley que su voluntad,

otra regla que su capricho, creíase cada uno con derecho de hacerse justicia de los ultrajes, reales ó supuestos, que habia recibido de su vecino, y de guerrear contra el mismo, armando así á los pueblos unos contra otros. Nada estaba seguro: todas las provincias se veian cubiertas de hombres armados, que no solo atacaban á sus particulares enemigos, sino que robaban y sujetaban á rescate al inerme é inofensivo viajero.

Interrumpidas así las comunicaciones, aislados los hombres, y anulado el tráfico, la Francia, sumergida en la barbarie, y en todos los horrores de una guerra fratricida por antojo y rivalidad de los señores, llegó á experimentar tal cúmulo de males, que denominó con exactitud aquella época *el siglo de hierro*.

En la imposibilidad de poner remedio á tantas calamidades, que no podian cesar sino con el sistema que las producía, y para lo cual no estaba la sociedad preparada, el pueblo, fatigado de tantos desastres, anheló un momento de reposo y de seguridad.

General este deseo, no pudo hallar oposicion, y se convino en que desde el oscurecer del sábado al amanecer del lunes, nadie atacase á su enemigo. Insuficiente al buen fin de los extraños á la lucha esta *tregua*, llamada *de Dios*, hízose á poco extensiva á cuatro dias de la semana, y á las grandes festividades de la Iglesia, á la Cuaresma y al Adviento.

Mas no duró mucho esta paz intermitente. Violada con frecuencia por los señores, en su mala fé, quedó al fin sin efecto, y de nuevo volvió la sociedad á sufrir los anteriores males; otra vez gimieron los pueblos.

Pero habia quedado en germen el deseo comun de mejor estar, de sustraerse á las demasías de los señores, y algunos espíritus generosos concibieron el

pensamiento de asociarse para la defensa del pobre, para la proteccion del débil. Realizado por el asentimiento que la generalidad prestó á esta idea elevada, que no pudo el feudalismo contrariar de frente, aunque hubiera presentado su futura importancia, porque no podía chocar contra el objeto santo de la institucion, se vió creada en ella la *Caballería*, que tanto influjo estaba destinada á ejercer en la civilizacion, y que comenzó disminuyendo, con aplauso de los vejados pueblos, los males que les abrumaban.

Escitando entre los jóvenes una emulacion grande de gloria y de virtud, fué á poco poderosa, debiendo á la participacion que tomó en ella la mujer los brillantes resultados que produjo. Sin ella, sin la galantería que supo inspirar el bello sexo á los caballeros, la Orden no habria sido tan útil á la humanidad, ni sido tanta su duracion y valer, tan brillante su esplendor. Habria formado un cuerpo escogido de guerreros, habituados desde su niñez á las fatigas militares, endurecidos con los ejercicios corporales, diestros en el manejo de las armas, pero mas fuertes que los que carecian de esta educacion fisica, no habrian sido menos bárbaros, y en vano se habrian propuesto ser el amparo del oprimido, el escudo de la viuda, la sombra del huérfano. Careciendo su propósito de un sentimiento del corazon, que no inflamase su espíritu, habrian sido tan materiales como los demas guerreros de sus tiempos; y lejos de emplear la superioridad de su educacion en alivio de sus aherrajados compatriotas, la hubieran utilizado en su provecho, viniendo á ser otros tantos tiranuelos.

Pero la mezcla feliz que, introduciéndose la mujer en la preparacion para la *Caballería*, introdujo en su aprendizaje, alternando con la instruccion del soldado, la galantería, la finura, y las delicadas atenciones al bello sexo, escitando con su espiritualismo el de los jóvenes aspirantes, imprimiéndoles sus tiernas afecciones, exaltaba, y los obsequios que en todas partes tributaban á los caballeros las damas, como animadas de una voluntad, su imaginacion; y lejos de decaer en su loable intencion, se afirmaban mas en ella, ébrios de gloria y amor, acometiendo las mas difíciles empresas. Llenos de un legítimo orgullo al verse favorecidos por las hermosas de todos los paises, al considerarse hijos de todos por ser así considerados, no limitando al propio su noble objeto, ¡qué mucho que llegasen en breve á ser terror de los malvados, y freno al despotismo de los señores! Inflamados del amor á Dios y á su dama, érales su mision grata, y por alcanzar un favor inocente de la señora de sus pensamientos, ansiaban ocasiones en que ser útiles á sus semejantes.

A la edad de seis años comenzaba la instruccion del caballero, y era fácil á la dama que se encargaba de él, imbuirle desde entonces su natural benevolencia, su caridad ardiente. Pasaba el neófito por los grados de doncel y de escudero; y cuando se le creia suficientemente instruido, era recibido solemnemente ante todos los caballeros y señoras de las inmediaciones, haciéndole jurar servir las, y á las damas, proteger en todo caso al débil, á la viuda y al huérfano.

Desde entonces, el caballero era un sér privilegiado, á quien todos se disputaban la honra de recibir y agasajar. Todas las puertas les estaban abiertas, y cuando se apeaban en un castillo, las mismas damas salian á recibirles y les quitaban la armadura, obsequiándoles hasta su partida. Estos miramientos inflamaban su celo y su heroismo, y su celo y heroismo les hacian dignos de tanto lauro.

Cuando los caballeros no se empleaban en el socorro del oprimido, no descansaban en la ociosidad, sino en las justas y torneos: á falta de enemigos con quien luchar, luchaban consigo mismos, por el afan de corresponder á la que le habia armado caballero, y cuyo mote y divisa llevaba; por el deseo de agradar al bello sexo. Allí se arriesgaba la vida en honor de las damas por conquistar su corona; y tanto rendimiento á la hermosura, tanta admiracion por la belleza, suavizó mas que nada las groseras costumbres de aquellos tiempos, y fué preparando, lenta sí, pero seguramente, la obra de la emancipacion de los pueblos, que tanto alivio experimentaron con esta institucion.

A poco que se fije la atencion en el hecho de apoderarse la mujer de la educacion de los guerreros de la edad media, é imprimirla una direccion tan útil á los pueblos, tan provechosa para la civilizacion; y apenas se considere, el grande tambien, de dar tanta importancia y enaltecer tanto á los caballeros, creando, se puede decir, las virtudes y acciones grandes, el heroismo y el honor, y sosteniéndolas y alentándoles con las distinciones y mercedes que otorgaban unánimes, y en todas partes, sin previo acuerdo ni concierto, se reconocerá que no es tan fútil como algunos la suponen y la quieren hacer en su egoismo; y tributándola merecida gratitud por este servicio grande que, ilustrada y benéfica, prestó á las clases que gemían bajo una servidumbre abyecta, rompiendo sus cadenas, empujando los destinos de la humanidad, y preparando el reinado de la igualdad, de la libertad y de la justicia, se procurará educarla menos materialmente que nuestros padres, y estimarla en cuanto vale, y su influencia en la sociedad.

A. PIRALA.

LITERATURA.

EL PADRE Y SUS TRES HIJAS.

Por Unland.

Las tradiciones alemanas, no son siempre tan solo supersticiosas fantasías: muchas veces por el contrario, pueden considerarse como parábolas destinadas á poner en acción ciertas verdades morales. La que ofrecemos á nuestras lectoras pertenece á este número: tiene por objeto probar que nunca del mal puede resultar bien, y que el padre que prescinde de la justicia y la humanidad por el interés de sus hijos, vé tarde ó temprano, que su iniquidad se convierte contra ellos. Este tema, que varia en los detalles, pero no en su sentido simbólico, está espresado con gracia suma por Unland en la siguiente version poética.

Tres jóvenes miraban hácia un valle profundo: su padre llegó á caballo: llevaba una armadura de acero. — Sé bien venido, padre! qué traes á tus hijas?

—Hija mia, la del vestido amarillo, hoy he pensado en tí. Los adornos son tu alegría, toma esta cadena de oro! la he arrancado al orgulloso caballero, y le he dado muerte.

La joven tomó la cadena, descendió al valle, y encontró al que había matado su padre. — Tendido estas sobre la tierra, como un salteador de caminos, ¡oh noble caballero, pero yo te amo! dijo: le tomó en sus brazos, le condujo hasta la morada de Dios, le tendió sobre la tumba de sus antepasados, y después la joven rodeó á su cuello la cadena de oro hasta que cayó sin vida.

Dos jóvenes miraban hácia un valle profundo: su padre llegó á caballo: llevaba una armadura de acero. — Sé bien venido, padre! qué traes á tus hijas?

—Hija mia, la del vestido verde, he pensado hoy en tí. La caza es tu alegría, te traigo esta javelina que he arrancado al indómito cazador después de darle muerte.

La joven tomó la javelina y se lanzó al bosque. Su grito de caza era *Morir!* Llegó adonde estaba el cazador. — Hé venido, dijo, bajo este tilo, porque me ha traído mi corazón. Y se atrevió con su javelina de modo que reposaron uno junto á otro. Las aves del cielo cantaron sobre ellos, y el verde follaje los cubrió.

Una joven miraba hácia el valle profundo; su padre llegó á caballo; llevaba una armadura de acero:

— Sé bien venido, padre, sé bien venido! qué traes á tu hija?

—Hija mia, la del blanco vestido, hoy he pensado en tí. Las flores son tu alegría, y te traigo una mas pura que la plata: la he robado al jardinero que me la rehusaba y le he dado muerte.

La joven tomó la flor, la puso sobre su seno; bajó al jardín, donde en otro tiempo estaba su felicidad, y se sentó sobre la colina cubierta de azucenas.

— Oh! exclamó, si pudiera imitar á mis hermanas! pero ¡ay! las flores no matan! Entonces triste y pálida se puso á contemplar la que su padre la había dado, hasta que aquella se marchitó, y la pobre joven se inclinó sobre la tierra.

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

Señor Director del CORREO DE LA MODA.

Mi estimado amigo: En el número de su ilustrado periódico correspondiente al 31 de Agosto anterior se hace mencion, en carta de uno de sus colaboradores, de la inspirada poetisa doña Matilde de Orbegozo, que en los baños de Santa Agueda saludó á la señora Avellaneda con bellísimos é improvisados versos.

Tengo el gusto de remitir á Vd. una composicion tan sencilla como delicada, que es, segun tengo entendido, una de las primeras que ha escrito la señorita de Orbegozo. No dudo que Vd. la insertará en su apreciable periódico, pues sé la satisfaccion que tiene cada vez que ve llegar una nueva cantora á tomar sitio entre esa brillante pléyeda de poetisas españolas, que han llegado á ser, casi solas, en la arena literaria las mantenedoras de la poesía, desde que los hombres solo saben esgrimir la pluma en el árido campo de la política.

Soy de V. A. y S. S. Q. B. S. M.

JOSÉ MARIA DE LARREA.

A UNA VIOLETA.

Flor modesta y delicada,
sepultada
entre el agreste espesor,
goza escondida y segura
tu hermosura
sin que la agoste el calor.

En el desierto nacida,
sumergida
en olvido sepulcral;
ni aun te mira el caminante
cuanto errante
cruza el inmenso arenal.

Alzas tu frente divina,
peregrina,
misteriosa y bella flor,
y de tu corola hermosa,
pudorosa,
muestras el pálido albor.

Tus pétalos delicados,
perfumados,
luces humilde también,
escondiendo en verde manto
el encanto
de las flores del Edén.

No temas que en mi locura
tu amargura
no comprenda, pobre flor!
¿Acaso no ha marchitado,
fiero el hado,
mis ilusiones de amor?

¿Triste cual tú y solitaria,
mi plegaria,
no elevo ferviente yo?
¿No ha sido una vida oscura,
sin ventura,
la que mi sino marcó?

¿Quién en el mundo brillante
vé espirante
destrozado un corazón?
¿Quién al infeliz consuela
y se desvela
por calmar su agitación?

Ah! como tú abandonado,
el desgraciado,
á su infortunio y dolor,
hasta las heces apura
de amargura
el ponzoñoso licor.

Como á la tuya, á mi vida
dolorida
consume lento pesar,
nadie al pasar por mi lado
se ha fijado
en mi angustioso penar.

Por eso eres tú, Violeta,
quien aquieta
mis tormentos y dolor,
y voy en mi desventura
á la espesura,
dó aspiro tu suave olor.

Y entre tus hojas plegadas,
perfumadas,
y en tu cáliz virginal,
vierto lágrimas sentidas,
¡ay! perdidas
entre el ruido mundanal.

MATILDE DE ORBEGOZO.

LA AVARICIA.

Es el vicio en sí mismo tan repugnante, que basta sentir sus consecuencias para aborrecerle. Los que están dominados por una pasión funesta, la detestarian si por un momento sufriesen lo que hacen sufrir á cuantos les rodean. El vicio pone una venda á aquellos que le rinden culto, para que no vean su fealdad y no acaben por despreciar sus emponzoñados placeres. Yo puedo citar una prueba de la verdad de mis aserciones.

En una capital de provincia próxima á Madrid, que goza con razón entre nacionales y extranjeros el renombre de la Atenas española, tantos, tan variados y tan magníficos son los edificios monumentales que cuenta en su seno, vivía un caballero, descendiente de una antigua y noble familia, rico y honrado, tal como esta palabra se entiende en el mundo; pero que tenía la desgracia de estar supeditado á una pasión vergonzosa: era avaro. Esta cualidad ocultaba las buenas que le adornaban; su inteligencia, siempre clara, se oscurecía apenas se trataba de dinero, y su corazón, propenso al enternecimiento en presencia de cualquier desgracia, se endurecía si esta pertenecía al número de las que pueden remediarse con una limosna, con un acto de caridad. No quebrantaba jamás las prescripciones legales, sino en los casos en que por una casualidad se apelaba á su bol-

sillo; entonces era grosero, áspero y brutal. Practicaba sin repugnancia todas las máximas humanitarias, menos aquella que dice: *Quien da á los pobres presta á Dios*, y era, en fin, en todo y para todo un acabado y perfecto *Caballero de la Tenaza*.

Don Cosme de Aguirre, nombre con que conoceremos al protagonista de esta verdadera historia, frisaba ya en los cincuenta años: el vicio que le dominaba había impreso en toda la persona, un sello repugnante y asqueroso. Tenía los ojos escondidos en sus órbitas, como avergonzados de la luz; la nariz afilada y saliente, así como la barba; las mejillas flacas y pajizas, la boca hundida y apretada, como si temiera revelar á cada paso las debilidades de su dueño. Caminaba inclinado, mirando á todos lados con sobresalto, y buscaba siempre la soledad y el silencio, porque, segun su espresion favorita, *nada le pedían*.

Su traje era adecuado á su persona. Vestía un leviton gris, remendado por mil partes: un pantalón negro, deshilachado y mugriento; un raído chaleco de terciopelo rayado, que había perdido el color y la forma, y un sombrero..... ¿qué podré yo deciros de él? Mas que un sombrero parecía una ruina venerable. Abollado, grasiento, quemado por el sol, cubierto por el polvo, ya no era ni sombra de lo que había sido: era un mito, una imagen de la vanidad humana en sus horas de desgracia, una grandeza caída.

Don Cosme era viudo, y tenía de su matrimonio una hija de ocho años y medio. El hábito de sufrir las ruindades de su padre, había marcado en su fisonomía hermosa la huella de la resignacion, en esa edad en que el rostro de las niñas solo respira alegría y benevolencia. Era silenciosa y grave; sus ojos que se humedecían muy amenudo en lágrimas, tenían una mirada fija, penetrante y dolorosa; su paso era acompasado y lento, y su actitud melancólica.

La pobre criatura estaba tan mal arreglada como D. Cosme. Un vestido de indiana, para diario, y otro de merino, bastante usado y corto, como que hacia tres años que le había estrenado, era todo su ajúar; esto, unido á dos pares de pantalones, unos de color y otros blancos, varios cuellos que ella misma se había bordado, y una capota de raso verde, que parecía haber reñido con la moda y el buen gusto.

Adela, que así se llamaba la inocente niña, no sabía nunca de casa, ni tenía amigas. Avergonzada de su traje temía presentarse en público, porque las demás muchachas de su edad se burlaban de ella, y la decían riéndose: ¡Vaya, que para ser tu padre tan rico como es, vas hecha un figurín! Adela se retiraba del corro sin contestar, pero saltándosela las lágrimas: estas burlas la traspasaban el corazón.

Don Cosme no tenía mas que una criada vieja y gruñona, á quien había acostumbrado á sus mañas.

Era capaz de alborotar el barrio por un maravedí, y había logrado conquistarse una reputacion en el mercado: llamábanla *tia Cicatera*. Compraba los comestibles por dosis infinitesimales, de lo peor, porque era lo mas barato, y echaba en la sartén el aceite por gotas. Si fuera lícito creer en la trasmigracion de las almas, hubiera podido apostarse doble contra sencillo á que en el cuerpo de la *tia Cicatera* se había encerrado el espíritu agarrado y roñoso del licenciado Cabra. Figuráos una espátula con ojos, y tendreis una idea exacta de su persona: era roma, y yo creo que apostá para ahorrarse pañuelo; sus ojos, escondidos casi en el cogote, no la manaban, porque no tuviesen qué, sino por economía; hablaba por monosílabos para no gastar palabras, y era tan poco amiga de lo supérfluo, que hasta guardaba las sonrisas. Mas que por sistema la *tia Cicatera* era avara por fidelidad; acostumbrada por D. Cosme, á quien profesaba un verdadero cariño, hubiérale sobrepujado, si esto hubiese estado dentro de los límites de lo posible: contentábase, pues, con ser una aventajada discípula de su amo.

Pero á pesar de sus buenas cualidades, no se crea que don Cosme se confiaba enteramente á ella. Todas las noches la tomaba la cuenta del gasto diario, y armaba con la *tia Cicatera* por cuestion de un ochavo, tantas disputas como ésta había sostenido con las vendedoras, cuando menos.

—Está visto! no sabe Vd. comprar. ¡Un cuarto de escarola para tres arrapiezos como nosotros!.....

—Pero señor, si no dan menos.

—Pues divídale Vd. para dos dias. Eso hace una buena ama de casa.

—Medio cuartillo de leche... ¿Qué significa esto, señora Mónica?

Y al dirigir esta pregunta sus ojos se inyectaron de sangre, y una tinta livida coloreó su rostro.

—Ha sido para la señorita, contestó la señora Mónica temblando.

—Para la señorita, para la señorita!... dijo don Cosme refunfuñando, y luego animándose añadió: ¿Pero estará de Dios que mi familia sea la que se haya propuesto perderme?

—Estaba constipada, y... ya vé Vd., es una niña.

—Si estaba constipada, que se hubiera estado en la cama. Por esta vez pase; mas que no vuelva á suceder. ¡Pues buenos están los tiempos para gastos!

Don Cosme no abandonaba un solo momento la llave de la despensa, y siempre que se ocurría sacar alguna cosa lo hacia él.

Ya podeis imaginaros, lectoras mías, cuánto sufriría la pobre Adela en el hogar paterno. Su salud fué quebrantándose de día en día; una tos seca y obstinada la atormentaba sin descanso; sus ojos adquirieron un brillo calenturiento, y en todo su sér se marca-

ban los terribles síntomas de la mas fatal de las enfermedades de pecho: de la tisis.

Adela no se quejó, por temor de incomodar á su padre, y el mal, abandonado á sí mismo, hizo rápidos progresos.

Por fin la desgraciada niña cayó en la cama para no levantarse mas. Antes de apelar al médico, don Cosme apuró todos los remedios caseros, secundado admirablemente por la señora Mónica; pero conoció por último que eran ineficaces, y con harto dolor de su alma se decidió á llamar á un facultativo.

El que vino comprendió sin hacer mas que observar el rostro de la enferma, que el mal no tenia cura. —Han acudido Vds. á mí demasiado tarde, dijo, y ya es preciso que se resignen con los juicios de Dios.

Esta noticia hirió á don Cosme en el corazon, porque queria á su hija profundamente, sobre todas las cosas de este mundo. —¡ Hé acudido tarde! murmuró sollozando y sintiendo que se clavaba en su conciencia la primera espina del remordimiento.

—El mal de esta niña proviene sin duda de algun pesar oculto, añadió el médico. La enfermedad de su cuerpo es un consecuencia de la enfermedad de su alma.

—No puede ser! exclamó don Cosme llorando como un niño. Ella es la delicia de la casa. Yo no la riño nunca. La doy todos los gustos.... ¡Vamos! no puede ser! Vd. se equivoca.

—Y sin embargo, estoy seguro de lo que digo, repuso el médico, despidiéndose hasta el siguiente dia.

—No se vaya Vd., exclamó don Cosme juntando las manos en ademan suplicante, y salve por Dios á mi hija.

—Harémos lo que se pueda, contestó el facultativo; pero desconfío de su curacion.

Don Cosme no acertaba á esplicarse qué pena podia atormentar á su hija. El amor al oro le habia cegado hasta el punto de no dejarle ver la profunda afliccion de Adela, que era solo el resultado lógico y natural de la tacaña condicion de su familia.

—Yo no la he maltratado ni reñido, se decia. ¿Qué podrá tener?

Abrumado por esta idea, que no le dejaba sosegar, don Cosme se acercó al lecho de su hija; enjugó el llanto, que sin querer se escapaba de sus ojos, y la preguntó con voz que en vano pretendia aparecer sosegada y tranquila.

—¿Qué tienes, hija mia?

—Nada, papá, contestó suspirando Adela.

—Mira no me engañes. Yo sé que te domina alguna pena, y que no me lo quieres decir.

Fuese debido á la exaltacion de su ánimo, provocada por la fiebre, ó á que Dios quiso castigar la avaricia de don Cosme en esta ocasion suprema, el hecho

fué que la pobre tísica confió á su padre, ostigada por él, la causa del padecimiento que la aquejaba. Y se lamentó sin culpar á nadie de sus privaciones, de su soledad, de sus continuos tormentos; y dijo que no se habia quejado antes por temor; y espuso en fin, todas las contrariedades que habia sufrido en su breve, aunque azarosa vida; contrariedades leves al parecer, nacidas del carácter de don Cosme; pero que habian ido ahondando la herida de su corazon. Habló hasta de las burlas de que era víctima, é inspirada por el cielo sin duda alguna, hizo una pintura tan exacta de sus miserias, que el alma de don Cosme se sintió penetrada de quebranto. Abundantes lágrimas cayeron de sus ojos sobre el rostro desfallecido de su hija, y sin poder contenerse cayó lleno de afliccion á los piés de la cama, murmurando con voz entrecortada:

—Perdon, perdon!

Adela tendió hácia él sus descarnados bracitos, sin comprender lo que el movimiento de su padre significara, y le dijo para consolarle, pero sonriendo de un modo extraño, como si dudase de sus mismas palabras: —¡Deja, que dentro de pocos dias me pondré buena para quererte mucho.—

Don Cosme, sin poder articular frase alguna, abandonó la alcoba de su hija sollozando.

—He sido avaro de todo en el mundo, exclamó desesperado, menos de lo que mas me convenia serlo. ¡Desgraciado de mí!

Dios, casi por la boca helada de la muerte, habia tocado aquel corazon empedernido. El dolor le hizo conocer la brutal dureza de su carácter; examinó en lo íntimo de su conciencia todos los actos de su vida, y los encontró cuando no miserables, odiosos. El velo que le ofuscaba se habia roto, y veia toda la deformidad, todo lo horrible del vicio á que se habia entregado.

—Yo soy la causa de su muerte, decia sin cesar, mesándose los cabellos y llorando.

Debió pasar una noche espantosa, porque al dia siguiente parecia haber envejecido diez años.

Cuando volvió el médico, don Cosme, en quien se habia operado un cambio completo, le salió al encuentro. Llevaba en las manos un cajoncito de madera negra, bastante abultado, y le dijo enseñándosele con acento hondamente alterado:

—Caballero: aquí está toda mi fortuna, acumulada á fuerza de años y privaciones; tómela Vd., pero sálveme Vd. á mi hija.

Y descubrió la caja que estaba llena de oro y de billetes de Banco.

—Sin necesidad de esto, contestó el médico, rechazando las riquezas que se le ofrecian, haré lo que Dios y mi deber me mandan.

Pero Dios habia dispuesto que el alma de Adela

volviese á su seno, y de nada podían servir los recursos de la ciencia. Aquella misma noche sus ojos se cerraron para siempre, y sus labios dejaron de murmurar el nombre de su padre. La implacable muerte había apagado los latidos de su corazón.

Don Cosme presenció su agonía con ojos enjutos. Su dolor era demasiado grande para engendrar lágrimas. Al lado suyo la señora Mónica lloraba en silencio. Tan profunda era su pena, que se había dejado en la puerta olvidada la llave de la despensa.

Don Cosme no abandonó ni un solo momento el cuerpo de su hija; él le amortajó; él le colocó en la caja mortuoria; él le acompañó hasta el cementerio. Cuando la fría losa cubrió el cadáver del único ser á quien había amado en el mundo, don Cosme sintió que el corazón quería saltarse del pecho; cerró los ojos, y dijo apoyándose en un nicho inmediato para no caer al suelo:

—¡Hija mía, adios por ahora! No tardaré en venir á acompañarte!

La desgracia había desalojado de su alma la avaricia. Cuando llegó á su casa, mandó ir á la señora Mónica en busca del cura de la parroquia. Era éste un venerable sacerdote que no tardó en acudir al llamamiento de un corazón lacerado.

—Padre mio! dijo don Cosme al verle, necesito los auxilios de Vd. Soy rico, y ya no sé qué hacer de mis riquezas, porque lo he perdido todo. ¡Mi hija ha muerto! Conozco también que mis días están contados, y quiero arreglar mis asuntos en la tierra, para que Dios no me niegue la entrada en el cielo.

Conmovido el párroco quiso consolarle; mas sus esfuerzos fueron vanos. Los dolores no son eternos; pero hay dolores que acaban con la vida.

—No se canse Vd., padre mio; exclamó don Cosme. El mayor bien que Dios puede concederme es la muerte.

Fijo en esta idea, repartió sus bienes entre la señora Mónica y los pobres de la parroquia, únicos parientes que, según sus palabras, le quedaban en el mundo; reservándose para atender á su subsistencia, una mezquina renta, que debía después de su muerte, repartirse también entre los mas necesitados.

A los dos meses de la muerte de su hija, don Cosme de Aguirre era conducido al campo santo. El cura de la parroquia, la desconsolada Mónica, y los muchos desgraciados á quienes había favorecido, acompañaban su féretro. Cumpliendo sus últimas disposiciones, enterráronle en el mismo nicho de Adela para poderla pedir perdón, según había dicho en la hora suprema de la agonía, de la avaricia que había ocasionado la muerte de ella, y á él le había roído el corazón.

G. NUÑEZ DE ARCE.

VARIEDADES.

CASUALIDADES CÉLEBRES.

El descubrimiento de los globos aereostáticos es debido á la casualidad: la esposa de Mr. Mongolfier, natural de Annonay, en Francia, puso á secar cierto día un zagalejo sobre un calentador de mimbres; y enrareciéndose en sumo grado el aire que había dentro de la pieza de lienzo, observó su marido que se fué elevando hasta tocar en el techo: esto bastó para discurrir sobre ello, y marchar de experiencia en experiencia hasta poder elevar el día 5 de Junio de 1783 el primer globo que ha surcado los aires. Descubierto ya por este azar el gran principio de la rarefacción del aire por el calor, fué consiguiente el perfeccionamiento del invento, sustituyéndole con el gas hidrógeno para henchir y hacer elevar los globos.

También la casualidad fué la que inspiró el pensamiento de dar aplicación al vapor.

Maravillosos son por cierto los resultados obtenidos en las artes, empleando como fuerza motriz la elástica del vapor á presiones elevadas: por este medio se ha conseguido dar impulso á varios artefactos, á los barcos, carruajes por caminos de hierro, etc., con la mayor economía.

Heron fué el primero que pensó en emplear el vapor de agua como fuerza motriz.

Paseábase un día por el campo y le ocurrió sentarse á descansar al lado de un rebaño; los pastores tenían una grande olla de hierro suspendida de un trípode formado con troncos de árbol; la olla contenía agua hirviendo, en disposición de recibir algunas legumbres allí preparadas, y estaba cubierta su boca con una tapadera, también de hierro, agujereada en el centro.

Absorto Heron, contemplando el hermoso paisaje que se ofrecía ante sus ojos, vino casualmente á fijar la mirada en aquella olla, y observó que por el agujero de la tapadera, que era muy pequeño, salía una columna de vapor, con tal fuerza, que dos ó tres veces seguidas hizo botar una hoja verde que un pastorcillo colocaba encima de la abertura, divirtiéndose en verla saltar, é ignorando que aquel inocente entretenimiento había de producir una verdadera revolución social.

Heron se retiró á su casa preocupado con la idea de lo que acababa de ver, y acto continuo comenzó sus ensayos, pero aprovechando tan solo la reacción debida al flujo del vapor.

Varios físicos siguieron á Heron en sus investigaciones, y en 1629 el italiano Brancas indicó el empleo de la fuerza directa del vapor; el célebre me-

cánico Watt perfeccionó las máquinas de embolo, inventadas en 1687 por Papin, y en 1807 construyó Fulton el primer barco de vapor en New-York.

Si Heron no hubiese salido aquel día á paseo, y no hubiera visto la olla de los pastores, quizá no conoceríamos aun los ferro-carriles.

Si la casualidad no hubiese hecho encontrar una pieza de madera esculpida á un piloto portugués que se había adelantado hácia el Occidente mas de lo acostumbrado, pieza de madera que el viento del Oeste trajo hasta el buque flotando sobre el agua, y si la misma casualidad no hubiese hecho encontrar al cuñado de Colon, navegando al poniente de las Islas Canarias, otra pieza de madera tambien labrada y empujada por el mismo viento, á la par que algunas cañas de magnitud extraordinaria, parecidas á las que Ptolomeo cita como produccion de las Indias Orientales, es indudable que Cristóbal Colon no hubiera pensado en su célebre expedicion, puesto que se sabe con certeza que estos hallazgos, el de varios árboles desarraigados, y el de los cadáveres de dos hombres, cuyas facciones no se parecían en nada á las de los europeos ni á las de los africanos, que aparecieron sobre las costas de los Azores, despues de haber reinado durante muchos días vientos del Poniente, fueron circunstancias que acabaron de convencer á Colon de la existencia de regiones habitadas por la especie humana en el vasto espacio no explorado aun.

Si aquellos casuales hallazgos no hubieran coincidido con la existencia del intrépido Colon en 1484, hoy no conoceríamos quizá las ricas posesiones del Nuevo-Mundo.

Cuenta la historia, que Mahoma recibió una terrible pedrada en la cabeza junto á la sien izquierda, marchando al frente de sus huestes en una batalla; sabido es que un golpe en semejante sitio, priva instantáneamente de la vida, de modo que si la piedra que hirió á Mahoma le hubiese dado casualmente seis líneas mas abajo, aquel falso profeta no hubiera llegado á engañar á tantos millones de hombres que viven divorciados del cristianismo, la Meca searia hoy un lugar ignorado, y se hubieran evitado en distintas épocas fanáticas y desoladoras guerras.

EMILIO DE TAMARIT.

LABORES.

El núm. 2 de nuestro grabado te muestra, querida Sofía, como de una mesa basta ó usada podemos hacer un mueble bonito, que ocupe un digno lugar en nuestro gabinete: como que sin mas que bordar en cañamazo el modelo núm. 1, tenemos concluida una obra linda y en extremo útil.

No vacilo en afirmar que me agradeces ese mo-

delo, por lo mismo que para cañamazo los recibes muy pocas veces. Aunque para hacer y armar esta labor, te basta tu inteligencia, voy sin embargo á darte una ligera idea de su ejecucion.

Debes ante todo procurar que la mesa tenga una forma elegante, y tomas un pedazo de cañamazo, que sea un poco mayor que su tablero, porque el bordado reduce algo su tamaño: pones en tu bastidor este cañamazo, y bordas con seda de Argel, color de maiz, y á punto cuadrado comun, la forma de los cuadros, ó sea la línea exterior de ellos, y los dibujos que van en el centro: luego con estambre alemán, azul, llenas el fondo de un cuadro, y el otro con estambre encarnado, alternando uno de cada color. Debo advertirte, que si la medida de la mesa no te permite terminar por los cuatro costados con cuadros perfectos, no hagas de ningún modo medio cuadro, sino por el contrario, deja espacio para una cenefa, segun te muestra el dibujo, la que harás con los mismos tres colores alternados, hasta que tengas la medida exacta de aquella.

Solo te falta ya forrar tu labor sencillamente de percalina, y mandar hacer al pasamanero un fleco de los mismos colores, el cual, despues de clavado el tapete, cae por todo su alrededor.

La mesa ya la tienes concluida; ademas, tú comprendes que este dibujo de un gusto oriental, y en extremo fácil de hacer, puede servirte para multitud de objetos, tomándote el pequeño trabajo de acomodar el tamaño.

Es el otro modelo, amigo mia, un gorrito para un muñeco, ó lo que es lo mismo, para el tubo de un quinqué, á fin de preservar su centro de polvo, durante el día. Se hace con cuentas azules y de azabache, y su ejecucion es en extremo sencilla, como vas á ver.

Cortas de cartulina un redondo de cuatro ó cinco centímetros de diámetro, y una tira de cuatro centímetros de anchura, y larga cuanto sea necesario, para rodear completamente el redondo anterior: forra por las dos caras estos pedazos de cartulina con tafetan ó percalina azul, y los coses de manera que formen un gorro: engarza tus dos clases de cuentas separadamente, y con las azules coloca siete vueltas en el centro del redondo, sujetándolas á la cartulina con algunas puntadas; coloca mas fuera, rodeando las azules cinco vueltas de cuentas de azabaches, con lo cual quedará completamente cubierto el redondo de encima. En la tira transversal colóca sies vueltas de cuentas azules, ocho de azabache, seis azules y dos de azabache. Ahora solo te falta hacer con seda de los mismos colores una borla, que colocas en el centro.

Escuso decirte que las cuentas puedes ponerlas del color que te agrade, sobre todo blancas en lugar de negras.

En el pliego de Labores del 51 del pasado solo tengo que hacerte notar, que, cases la letra del escote de camisa con la de su manga correspondiente, y en la manguita del delantal de niño, que bordes el puño en la parte del revés, para que al volverle quede del derecho.

Los demas objetos no necesitan explicacion.

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.

MADRID: 1857.—Imp. de Miguel Campo-Redondo.—Huertas, 42.